

ORIGEN Y ETAPAS DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

a) Fase de la «ideología católica» (1891-1931): La primera fase de la DSI es la de León XIII. Al comienzo, la «cuestión social» se presenta sobre todo como un conflicto ideológico entre socialismo y liberalismo, y tiene su manifestación más aguda en la lucha de clases entre «proletarios» y «patrones». La *Rerum novarum* (1891) de León XIII -la primera gran encíclica social toma posiciones frente a los dramas de la clase proletaria. Condena las dos «filosofías» del liberalismo y del socialismo, y afirma la primacía de los valores morales, proponiendo como solución la «filosofía perenne» cristiana, fundada en la revelación y en el derecho natural.

b) Fase de la «nueva cristiandad» (1931-1958)

Es la fase de Pío XI y Pío XII. Después de la Revolución de octubre de 1917, la «cuestión social» cambia y se transforma en una confrontación entre dos modos de entender la democracia, entre dos sistemas socioeconómicos contrapuestos: capitalismo y comunismo. Pío XI, con la encíclica *Quadragesimo anno* (1931), refuerza la condena de las dos ideologías opuestas y propone una «tercera vía» concreta, la «civilización cristiana», que traduciría los principios religiosos y éticos del magisterio social en un sistema que busca una forma de organización cristiana de la sociedad

Durante esta fase, la «doctrina social» sigue estando reservada solo a la jerarquía. Sin embargo, *Quadragesimo anno* introduce una primera distinción significativa entre «doctrina sobre materias sociales y económicas» (reservada al magisterio) y «ciencia social y económica», que es competencia también de los laicos, cuya acción comienza por tanto a ser reconocida.

c) Fase del «diálogo» (1958-1978)

Es la fase de Juan XXIII, del Concilio Vaticano II y de Pablo VI. La «cuestión social» cambia de nuevo y asume dimensiones planetarias. Ya no se trata solamente de la lucha entre dos clases, ni de la confrontación entre dos modelos socioeconómicos opuestos (liberal y socialista), sino del equilibrio mismo de la humanidad, entre el Norte rico y el Sur pobre del mundo. Se impone, en consecuencia, la construcción de un nuevo orden mundial. Las ideologías empiezan a entrar en crisis mientras que se inician los procesos de globalización mundial.

La Iglesia, por su parte, se renueva por medio del Concilio Vaticano II (1962-1965). De la propuesta de una «tercera vía» (Pío XI) y de una «nueva cristiandad» (Pío XII), el magisterio pasa ahora a pensar en la necesidad del «diálogo». Determinantes en esta dirección son las intervenciones de Juan XXIII, con las encíclicas sociales *Mater et magistra* (1961) y *Pacem in terris* (1963); las del propio Concilio, especialmente con las constituciones *Lumen gentium* (1964) y *Gaudium et spes* (1965); y las de Pablo VI, con la encíclica *Populorum progressio* (1967) y con la carta apostólica *Octogésima adveniens* (1971).

d) Fase de un nuevo «humanismo global» (1978-2013)

Es la fase de Juan Pablo II (1978-2005) y de Benedicto XVI (2005-2013). En las últimas décadas del siglo XX, la «cuestión social» trasciende ya también las dimensiones «cuantitativas» planetarias y se convierte sobre todo en un problema de «calidad» de vida. Los desequilibrios y los problemas rebasan las fronteras geográficas y materiales del mundo y remiten a la vida humana misma, en sus valores y sus derechos fundamentales. El bien común no es ya solo el bien material, sino que abarca también los bienes relacionales. Juan Pablo II, con sus encíclicas sociales -*Laborem exercens* (1981), *Sollicitudo rei socialis* (1987), *Centesimus annus* (1991)- y con todo su magisterio, se dirige por ello a todos indistintamente, más allá de las diferencias culturales y de los diferentes sistemas políticos, económicos y sociales.

La enseñanza social de la Iglesia, que en las primeras fases se dirigía sobre todo a los países desarrollados del Occidente de tradición cristiana (los más capaces de llevarla a la práctica), a partir del papa Wojtyła (especialmente después de la caída del muro de Berlín en 1989) se dirige indistintamente a todas las naciones y puede ser comprendida y compartida por creyentes y no creyentes, en Oriente y Occidente, en países desarrollados y en los que están en vías de desarrollo.

La etapa más importante es obviamente la del Concilio Vaticano II, en el que se afirman abiertamente, entre otras cosas, la responsabilidad y la autonomía de los laicos en su compromiso temporal, ya enunciadas por Juan XXIII en la encíclica *Mater et magistra* (1961). La caída del muro de Berlín, en 1989, pone fin al enfrentamiento entre modelos de sociedad inspirados en ideologías diferentes: la «democracia liberal-capitalista», inspirada en la cultura liberal; el

«socialismo real», inspirado en el marxismo, y la «nueva cristiandad», inspirada en la cultura judeocristiana (elaborada sobre todo por Jacques Maritain).

Benedicto XVI escribe *Caritas in veritate* (CV, 2009) precisamente para hacer frente a los numerosos desafíos que proceden de la difusión de este «pensamiento único» y de los procesos de globalización. La **«cuestión social»** cambia de nuevo. De hecho, explica el papa Ratzinger, la «cuestión social» no es ya la originaria de la «lucha de clases» entre proletarios y capitalistas, ni la de la contraposición entre modelos opuestos de economía marxista y liberal, ni la de la búsqueda de una justa distribución de los recursos entre el Norte y el Sur del mundo. En la actualidad, la cuestión social se ha convertido en «cuestión antropológica». El desafío reside sobre todo en el modo de concebir la vida humana, que -a través del recurso a las biotecnologías de las que dispone el hombre- puede ser manipulada de muchas maneras: desde la fecundación in vitro hasta la investigación con embriones, la clonación y la hibridación humana.

El mérito principal del magisterio social de Juan Pablo II y de Benedicto XVI es el de haber señalado que el desafío fundamental del siglo XXI y del mundo que se globaliza es la superación del individualismo imperante: es necesario, en cambio, aprender a vivir juntos respetando nuestras diferencias. La DSI, por tanto, se compromete a explicitar las principales reglas éticas, personales y sociales comunes a todos: la dignidad de la persona humana, la solidaridad, la subsidiaridad, la calidad de vida. Son los pilares sobre los que se apoyan la convivencia civil y la misma democracia.

e) La «revolución» del papa Francisco

Desde el comienzo, Francisco mostró su preferencia por la fuerza «renovadora» del evangelio vivido, testimoniado con la vida. Francisco está convencido de que vivir el evangelio hace comprender el mensaje de Cristo mucho mejor. Es necesario, por tanto, «volver al evangelio». El nuevo obispo de Roma, con esta sorprendente «elección evangélica», no solo ha cambiado el ambiente dentro y fuera de la Iglesia, sino que muestra visiblemente a la humanidad el rostro renovado de la Iglesia, es decir, el rostro de una Iglesia libre, pobre y sierva, que trabaja unida interiormente con un espíritu sinodal. El documento fundamental donde se expone extensamente esta «elección evangélica» del papa Francisco es la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013) y los documentos publicados hasta ahora: la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), la encíclica *Laudato sí* (2015), la exhortación apostólica postsinodal *Amoris laetitia* (2016), la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* (2018).